

hijo Eduardo con Isabel, hija del rey de Francia, 1299; al mismo tiempo Felipe IV reunió el condado de Flandes á la corona. Tuvo en seguida una gran desavenencia con Bonifacio VIII, que queriendo unir el poder temporal al espiritual, pretendía tener sobre todos los monarcas un derecho de soberanía. El pontífice lanzó contra él muchas bulas (*Clericis laicos*, 1296; *Salvator mundi*, 1300; *Ausculta fili*, 1301), y no habiendo conseguido nada, escomulgó al rey y puso entredicho al reino. Felipe hizo quemar la bula *Ausculta fili*, y convocó en 1302 los Estados generales (los primeros que ha tenido Francia), que prometieron defender contra todo poder la independencia de la corona. En medio de estos conflictos exasperados los Flamencos por la tiranía de su gobernador Chatillon, se sublevaron y batieron á los Franceses en Courtray (1302). Felipe firmó una tregua con ellos, lo que le permitió obrar contra el papa. Le acusaba de herejía y de muchos crímenes y pedía un concilio. Bonifacio le escomulgó por segunda vez, y Felipe IV exasperado, envió tropas á Italia, que se apoderaron del papa. Libre de todo temor por este lado, marchó contra los Flamencos, á los que venció en la batalla de Mons-en-Puelle (1304) y á los que concedió una paz honrosa. A la muerte del papa Benito XI, hizo nombrar un papa francés, Clemente V (Bertrand de Got), que se estableció en Avignon, y al cual obligó á hacer el proceso á la memoria de Bonifacio VIII y á abolir la orden de los templarios (1312). Felipe se apoderó de las grandes riquezas de esta orden, mandó quemar á sus principales jefes, y al gran maestro, Jacobo Molay. Murió poco después (noviembre de 1314). Felipe el Hermoso alteró el valor de la moneda, por lo cual le llamaba el pueblo el monedero falso; acusado por la necesidad de numerario persiguió á los judíos, vendió cartas á los comunes, y títulos de nobleza á los plebeyos. Fue rey de Navarra por su casamiento con la reina Juana. Anadió á sus dominios la Flandes francesa, la diócesis de Viviers, el Quercy y la ciudad de Leon de Francia.

FELIPE V, llamado *el Largo*, hijo de Felipe IV, fue nombrado regente á la muerte de Luis X, su hermano, que habia dejado en cinta á la reina Clemencia de Hungría. El hijo de Clemencia no vivió, y Felipe fue proclamado rey, á pesar de la oposición de muchos príncipes de la sangre, que no reconocían la esclusion de las mujeres, y querían colocar en el trono, á la hija de Luis X, Juana de Navarra. Los Estados generales sancionaron su advenimiento. En 1320, Felipe concluyó una paz definitiva con Flandes; desde entonces se dedicó escluívamente á la administración interior; emancipó á los siervos de los campos, ennoblecó á las familias labriegas, puso oficiales reales á la cabeza de las milicias urbanas, regularizó la fabricacion de las monedas y declaró inalienable el patrimonio de la corona. Permió á la Inquisicion que persiguiera cruelmente á los herejes del mediodía, y aun él mismo se ensañó bárbaramente contra los judíos y contra los leprosos. Murió en 1322 sucediéndole su hermano Carlos IV.

FELIPE VI, llamado *de Valois*, jefe de la rama real de los Valois, era hijo de Carlos de Valois, y nieto de Felipe III. Fue regente del reino á la muerte de Carlos IV, cuya mujer estaba en cinta, y habiendo es-

ta princesa dado á luz una hija, aquel se hizo proclamar rey (1328), á pesar de la oposicion de Eduardo III, rey de Inglaterra, que reclamaba la corona de Francia. Del tuér de su madre Isabel, hija de Felipe IV. Habiendo sido llamado en socorro de Luis I, conde de Flandes, que habia sido destronado por sus súbditos, Felipe IV obtuvo contra los Flamencos la victoria de Cassel, el 23 de agosto de 1328. Diez años después, estalló la célebre guerra de los Cien Años con motivo de la proteccion que Eduardo III daba á Roberto de Artois, condenado por los pares de Francia. Eduardo, después de haberse aliado con Jacobo Arteveld, jefe del partido democrático en Flandes, y con el emperador Luis de Baviera, tomó el título y las armas de rey de Francia y fué á desembarcar en los Países Bajos. La batalla naval de la Ecluse (1340), funesta á los Franceses, fué seguida de una tregua de dos años. Habiendo defendido Felipe los derechos de Carlos de Blois al ducado de Bretaña, mientras que Eduardo sostenia los del conde de Montfort; la guerra que se volvió á encender, fué tambien desastrosa para la Francia: habiendo desembarcado Eduardo en Normandia, asoló todo el país, hasta las cercanías de París, y consiguó la victoria de Crécy, el 26 de agosto de 1346; sitió y tomó á Calés en 1347, después de lo cual concedió á Felipe una tregua de seis años. Felipe VI murió antes de volver á romper las hostilidades en 1350. Su hijo Juan le sucedió. Bajo el reinado de Felipe VI, la Francia fué asolada por la peste llamada de Florencia y agobiada de impuestos. Por él fué creado el impuesto de la sal ó gabela. Felipe anadió á sus dominios los señoríos de Montpellier y del Viennés. Desde esta última adquisicion, el hijo primogénito del rey de Francia se llamó Delfín.

FELIPE I, llamado *de Rouvres* (por la villa Rouvres, cerca de Dijon, lugar de su nacimiento), duque de Borgoña, nieto del duque Eudo IV, le sucedió en 1349, á la edad de 5 años, bajo la tutela de Juana de Borgoña, su madre; tomó las riendas del gobierno en 1360, y murió un año después sin posteridad (1361). Con él acabó la primera rama real de los duques Capetos, que habia reinado en Borgoña, desde Roberto de Francia. El ducado de Borgoña fué reunido por poco tiempo á la corona.

FELIPE II, llamado *el Atrevido*, duque de Borgoña, cuarto hijo de Juan, rey de Francia, nació en 1342, hizo prodigios de valor en la batalla de Poitiers, donde fué prisionero. En 1363, poco antes de la muerte de su padre, recibió el ducado de Borgoña, que habia sido reunido á la corona desde 1361. Su matrimonio con Margarita, hija del conde de Flandes, le hizo en 1384 heredero de los estados de este señor, de modo que fué uno de los mas poderosos soberanos de Europa. Paralizó los progresos de los Ingleses, subyugó á los Ganeses rebeldes y se apoderó de la regencia en Francia, á la muerte de Carlos V, en union de sus hermanos los duques de Anjou y de Berry. Su administracion fué severa. Cuando Carlos VI quiso gobernar por sí mismo, Felipe se retiró á Borgoña; pero tomó muy pronto de nuevo el mando del reino, durante la demencia del rey. La regencia pertenecia de derecho ó á la reina ó á Luis, duque de Orleans, hermano de Carlos VI. Felipe tuvo que luchar contra este último; pero su influencia

fué la mas fuerte y gobernó la Francia hasta su muerte, en 1404. Fué su hijo y sucesor Juan Sin-Miedo.

FELIPE III, llamado *el Bueno*, duque de Borgoña, hijo de Juan Sin-Miedo, le sucedió en 1419, después del asesinato de su padre, y firmó al año siguiente, con Enrique V, rey de Inglaterra, el tratado de Troyes, por el que reconocia á Enrique por regente de Francia, y heredero presuntivo de Carlos VI. Hizo mucho daño á los Franceses, entró en París con los Ingleses y peleó en sus filas durante muchos años contra Carlos VII: uno de sus tenientes (J. de Luxemburgo) fué quien hizo prisionera á Juana de Arco; sin embargo, á pesar suyo fué entregada en los Ingleses. Habiéndose indispuesto con sus aliados que le disputaban á Flandes, entabló negociaciones con Carlos VII, y firmó en 1435 el tratado de Arrás, por el cual reconociendo al rey de Francia por su soberano, se hacia de hecho independiente y togaba la cesion de los condados de Auxerre y Macon. Desde entonces favoreció lealmente los esfuerzos hechos para la espulsion de los Ingleses. Algun tiempo antes del tratado de Arrás, habia peleado contra Jacobo de Baviera, que le disputaba la sucesion del Brabante, al que él tenia derecho como pariente varon mas próximo al último duque, y habia reunido á sus dominios el Brabante y la Holanda. Algunas expediciones contra los Ganeses, que se rebelaban sin cesar, y contra el Luxemburgo que sometió á su tia Isabel, ocuparon sus últimos años; dió asilo al Delfín, después Luis XI, destronado de la corte de Carlos VII; pero se negó á mezclarse en sus reyertas con su padre. Al fin de su vida, abandonó casi enteramente el poder á su hijo Carlos el Temerario. Murió en 1467, en el momento en que preparaba una cruzada contra los Turcos. Este príncipe habia protegido las letras y las artes. Habia fundado la universidad de Dola, favoreció el comercio, y creó la célebre orden del *Toison d'oro*, en 1430.

2. EMPERADORES DE ALEMANIA Y REYES DE ESPAÑA.

FELIPE DE SUABIA, emperador de Alemania, hijo de Barbaroja, nació en 1178, heredó la Suabia y la Toscana, á la muerte de su padre, y fué elegido emperador en 1198, á la muerte de su hermano Enrique VI. El papa Inocencio III le suscitó algunos enemigos. Felipe compró entonces los derechos á Bertoldo, duque de Zóehring, y en seguida á Othon de Brunswick, cuando fué asesinado en 1206, después de una guerra sangrienta. Felipe reinaba ya dos años, cuando fué asesinado, en 1208, por Othon de Wittelsbach. Othon IV de Brunswick le sucedió.

FELIPE I, llamado *el Hermoso*, rey de España, era hijo de Maximiliano I, archiduque de Austria, y de María de Borgoña; heredó el reino de los Países Bajos por su madre en 1482; y el de Castilla por haber casado en 1496 con Juana, hija de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel. Felipe amaba con estremado cariño á los Flamencos, y solo á vivas instancias de su suegro los dejó para ir á tomar posesion de los reinos de Castilla. Cuando llegó á España se encontró en Burgos á don Fernando, que le entregó las riendas del gobierno; con este motivo hubo grandes fiestas y se separaron poco satisfechos los dos

monarcas por no convenir en ideas. Los Castellanos se creyeron felices cuando vieron á Felipe sentado en el trono de Castilla; pero apenas empezó á desplegar sus talentos políticos, cuando acabó ses días dejando á sus súbditos en el más profundo dolor. Quiso experimentar sus fuerzas jugando á la pelota, y le cogió una calentura que terminó su vida á los seis días de enfermedad, dejando dos infantes niños, el invicto Carlos V de Alemania y I de España, y otro llamado Fernando. Felipe era de bella presencia, amable, generoso y hábil para la direccion del gobierno.

FELIPE II, nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527 del matrimonio del invicto emperador Carlos V é Isabel de Portugal, y por abdicaciones sucesivas de su padre ocupó en 1554 el trono de Nápoles y Sicilia, en octubre de 1555 reunió á esta corona la soberanía de los Países Bajos, y por fin en enero de 1556 el solio español. Bajo los brillantes auspicios de su padre y con tan gloriosos antecedentes que imitar, empuñó el cetro de la mas vasta monarquía, entonces conocida, el rey Felipe II, que con los estados de Carlos V heredó tambien su espíritu guerrero y emprendedor. Pero sobrado de prudencia, faltábale la magnanimidad y el arrojo de quien le habia dado el ser, cualidades que con envidia vió descollar en su hermano don Juan de Austria, hijo bastardo de don Carlos, y querido de este tal vez con demasiada predileccion. Habia dado muestras don Felipe de su habilidad para el mando durante el tiempo en que, ausente su padre, habia gobernado la España: y si cauto y avisado se habiese limitado á mantener los dominios adquiridos, en vez de intentar aumentarlos con otros nuevos, tal vez la monarquía española seria aun hoy lo que entonces era, y su reinado no habria adolecido de las intestinas revueltas, tristes sucesos y amargos sinsabores que le trabajaron con harta intensidad. Como quiera que sea, heredero de la guerra con la Francia, se inauguró su gobernacion con un hecho de armas, cuyo glorioso comentario se aprende en el día y se admirará aun por muchas generaciones en las páginas de piedra que contiene el suntuoso monumento del monasterio elevado en el Escorial. Octava maravilla del mundo este magnífico templo, cuya constraccion duró 19 años, fué empezado en 1563 por el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y concluido en 1582 por su discípulo el montañés Juan Herrera, que hizo inmortal su nombre con él. Consagrado bajo la advocacion de San Lorenzo, en cuya festividad fué librada la gloriosa accion que presidió á su construcion, ha eternizado la memoria de la victoria conseguida por las tropas españolas al mando del duque Manuel Filiberto de Saboya sobre el ejército francés, frente á los muros de San Quintín, plaza fuerte de la Picardía á las márgenes del río Soma. Seis mil hombres tendidos en el campo, 52 banderas, 48 estandartes, toda la artillería y bagajes, 4,000 prisioneros, entre ellos el duque de Eughien, los de Montpensier y Longueville, el mariscal de San Andrés y el vizconde de Turenna con otros caudillos, fueron los trofeos de esta memorable accion ganada en 40 de agosto de 1557. El rey, que desde Cambray acudió al instante al campo de batalla, estrechó entonces el sitio de San Quintín, que al fin tomó por asalto. En memoria de estos acontecimien-

tos hizo el voto de elevar al Dios de los ejércitos el templo mas suntuoso que fuera dable, y el monasterio del Escorial vino á atestiguar su piedad, su munificencia y el buen gusto que tenia, pues todo se hizo bajo su inmediata inspeccion. Ya para entonces, y amagado el papa Paulo IV de verse aprisionado en Roma, á donde después de haberse apoderado de Ostia y todo el país que halló al paso llegó el duque de Alva don Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles, habia demandado la paz, y estaba don Felipe libre de tan poderosos enemigos. No halló por lo tanto quien interrumpiera la serie de sus triunfos, y posesionándose de las fuertes plazas de Chatel, Ham y Noyon se dirigió sobre París, donde reinaba la consternacion y el espanto, cuando otorgó la paz que Enrique le demandó. Pero desleal este monarca en sumo grado, correspondió á la generosidad de Felipe haciendo que sus tropas invadiesen de nuevo en 1558 la Flandes, y se apoderaron de Danquerque. Los tercios españoles no tardaron sin embargo en escarmentar de nuevo á los invasores, y la batalla de Gravelinas, en que dejaron mas de 2,000 hombres sobre el campo y 3,000 prisioneros, convenció á Enrique de la superioridad de las tropas de Felipe, que sin duda constituian entonces la mejor infantería de Europa, y se decidió á pedir la paz. Ajustóse al fin por mediacion del legado del papa; y aun cuando las negociaciones se suspendieron por la muerte de la reina, se siguieron después, firmándose por último el tratado de Cateau-Chambressis, cuyos primeros artículos eran la restitucion á España de las conquistas que tenia hechas desde 1534 del lado acá de los Alpes, que ascendian á 89 plazas fortificadas en los Países Bajos é Italia, y el casamiento de don Felipe con madama Isabel, hija de Enrique, que por esto fué llamada de la Paz. Este acontecimiento proporcionó á don Felipe ocasion para pasar á España, como lo efectuó, dejando por gobernadora de los estados flamencos á su hermana Margarita, archiduquesa de Parma é hija natural de Carlos V. Dotada de singular talento esta princesa, no tuvo sin embargo el suficiente para gobernar aquellas inquietas provincias con el necesario tacto, y la rivalidad del príncipe de Orange y de los duques de Horn y Egmont, que aspiraban á aquel cargo, le suscitaron otras sobre las anteriores dificultades. El rigorismo que se desplegó en la persecucion de los luteranos, la cobranza de la décima que se empezó á llevar á efecto, y el establecimiento de la Inquisicion, fueron otros tantos motivos de descontento, que al abrigo de la confederacion que formaron 400 de los principales nobles, estalló al fin en rebelion abierta que fué imposible contener. Las reclamaciones de la gobernadora no fueron escuchadas por Felipe, con toda la atencion que le merecian, y se limitó á enviar á Flandes un refuerzo de tropas al mando del duque de Alva; á quien dió plenos poderes para sujetar la insurreccion. Pero el inusitado rigor que desplegó este caudillo contra los protestantes, haciendo conducir al patibulo centenares de victimas, de las que fueron las primeras los desgraciados condes de Horn y de Egmont, degollados públicamente en Bruselas, exaltó de tal modo los ánimos, que lo que era cuestion de partido se hizo ya causa nacional, y no hubo un flamenco

que no acudiese á las armas para sacudir un yugo tan opresor. La archiduquesa, que desaprobaba esta medida, pidió y obtuvo su retiro, y el de Alva quedó solo para combatir la rebelion. Pero la fortuna no favoreció estos desesperados esfuerzos del patriotismo y la nacionalidad. En vano fué que el príncipe de Orange acudiese con un poderoso ejército de 51,000 hombres, que le suministraron la Francia y la Inglaterra. Invadiendo con él por dos puntos los Países Bajos, el de Alva se vió harto apurado por la escasez de tropas y el mal sentido en que se hallaba el país por las ejecuciones diariamente ordenadas por el conde, que los naturales llamaban de Sangre, instituido para juzgar á los rebeldes. Pero no desfalleciendo su ánimo acudió primero á la Frisia, donde Luis de Nassau acababa de obtener una victoria sobre la vanguardia española, y alcanzándole cerca de Gemblisen le atacó con tanta furia, que ni aun lugar le dió para la defensa. La derrota fué completa, y de los 15,000 hombres que mandaba, apenas se escaparon 3,000, y estos en dispersion completa, de la esterminadora espada del bravo capitán español y sus aguerridos tercios. Lo que no consiguieron las armas contra este ejército, lo alcanzó la estrategia respecto al cuerpo de 36,000 hombres que el mismo príncipe de Orange se encargó de dirigir. Sabiendo el de Alva que estas tropas carecian de víveres y pagas, creyó debia dedicarse á privarlas de toda comunicacion y auxilio para reducir las á la nulidad. Con este objeto organizó varios campos volantes, que siempre iban al alcance del enemigo; sin dejarle sesegar en parte alguna, le atacaban en los pasos difíciles y al vadear los rios, atajaban cuantos socorros se le dirigian, y persiguiéndole continuamente por todo el Brabante, el Namur y el Henao, forzaron al fin al príncipe á verse á Francia solo con algunos jefes, después de haberse desbandado, perdido ó desertado casi toda su lucida tropa. Omitiendo tan brillante resultado no le fué difícil al duque sujetar todas las provincias rebeldes, excepto las de Holanda y Zelanda en que imperaba el de Orange como príncipe soberano. Preciso era por lo tanto subyugarlas, pues que en ellas habia de permanecer siempre viva la rebelion; pero como su ejército, harto escaso de suyo, se habia menguado mucho en las operaciones militares con tanta gloria consumadas, necesitaba á toda costa el refuerzo de una escuadra respetable, y dinero para pagar las tropas. La envidia palaciega cerró á sus multiplicadas representaciones el acceso hasta el soberano, que por otra parte estaba persuadido de que el carácter inflexible del duque no era el mas á propósito para procurar la paz; y justamente resentido el amor propio del pundonoroso general hizo su dimision, que le fué admitida, mandándose por la corte para que le sustituyeran á don Luis de Zúñiga y Requesens y al príncipe don Juan de Austria, que empeoraron notablemente la situacion. Queriendo conseguir por medio de la bondad y clemencia lo que por el rigor no habia podido lograr su ilustre antecesor, usaron de tanta benignidad para con los revoltosos, que estos tomaron alas traduciendo por temor lo que solo era política. Su energía se escitó con la falta de resistencia, y cuando los gobernadores trataron de variar de sistema, ya estaba en poder

de los sublevados la mayor parte de los Países Bajos, que sacudiendo el yugo español, se erigió en república libre é independiente. Dos solas provincias, de las 47 de que se componía Flandes, permanecían fieles cuando se encargó el mando al archiduque de Parma, Alejandro Farnesio, el que adunando la política con el vigor, la piedad con la mas severa justicia, consiguió tan señalados triunfos, que en poco tiempo redujo á la obediencia siete provincias esparciendo el temor en la Holanda. Los admirables hechos de valor que bajo el mando de tan ilustre caudillo llevaron á cabo los esforzados tercios españoles, á pesar del hambre, la desnudez y las privaciones de todo género que experimentaban, fueron entonces y serán siempre la admiración de toda Europa. Seguro es que siguiendo la comenzada empresa se hubiese al fin logrado sofocar completamente la rebelion y subyugar á los turbulentos Flamencos, si por un efecto incomprendible de su carácter no hubiese mirado don Felipe con la mayor indiferencia la suerte de aquellos estados, escusándose de mandar oportunamente las tropas y mantenimientos que repetidamente se le pedían. Mucha parte, en verdad, tuvieron para esta apatía los importantes sucesos que se agolparon y llamaron por varios lados su atención. La guerra contra los moriscos ó cristianos recién convertidos, que estalló en 1568, acudida y dirigida por don Fernando de Valor, elegido rey de Córdoba y Granada bajo el nombre de Aben-Humeya, exigió notable energía y no pequeños esfuerzos. Parapetados los rebeldes en la fragosidad de las Alpujarras, animados por el fanatismo y el resentimiento, favorecidos por sus correligionarios, y prevalecidos del tiránico edicto que contra ellos se había publicado preceptuándoles abandonasen sus trajes, su lengua y antiguas costumbres, menester fué dirigir contra ellos fuerzas muy superiores, y aun así se defendieron tenazmente cerca de tres años contra el marqués de Mondéjar, hasta que al fin sucumbieron al esfuerzo de don Juan de Austria, después de una obstinada lucha, siendo desterrados los principales y diseminados los demás á largas distancias en los pueblos de la península. Mas larga, aunque no menos gloriosa, fué la guerra contra los Turcos, que reclamaba también todo el cuidado del monarca español. Enorgullecido el emperador otomano con su colosal poder y el buen éxito con que sus tropas habían saqueado en 1558 la isla de Menorca, tomando por asalto la ciudadela, y apoderándose de la isla de Gerbes, el gobernador de Trípoli, Dragut el pirata, se atrevió á sitiar las plazas de Oran y Mazarquivir, después de haber ahuyentado la escuadrilla castellana que las defendía con pérdida de gente y de galeras. La guarnición de ambos puntos se defendió sin embargo con el mas heroico arrojo, y los Turcos hubieron de retirarse vergonzosamente. No fué menor la derrota que experimentaron en el año siguiente de 1564. Situada la formidable fortaleza del Peñon de los Veletz de la Gomera por las tropas de don Felipe á cargo del mando de los ilustres generales don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, y don Sancho Martínez de Leiva, tuvo al fin que rendirse á discreción. Selim, que supo con el mayor despecho esta nueva, creyó vengarse atacando de improviso la isla de

Malta; pero allí fué también batido por los tercios españoles con pérdida crecida de hombres y armamento. Desengañose al fin el Turco bien á su costa de la imposibilidad de vencer al Castellano, y dirigió sus fuerzas contra los Venecianos que poseían la isla de Chipre, empezando por apoderarse en ella de Nicosia y Framagusta. Pero la república hizo liga con el papa Pio V y con don Felipe para contener la preponderancia adquirida por los Turcos, y esta liga fué causa de uno de los hechos mas gloriosos, de las mas señaladas victorias que recuerda la historia de las naciones. Corría el año de 1571, y reuniendo los coligados todos sus esfuerzos, se había aprestado en Mesina una armada de 200 buques, cuyo mando se dió por fortuna de comun acuerdo al esforzado don Juan de Austria. Con tan brillante escuadra, inferior sin embargo á la mahometana que constaba de mas de 300 velas, se dirigió don Juan en busca de Selim, y habiéndole alcanzado en el golfo de Corinto ó de Lepanto, á las inmediaciones de la isla de Cefalonía, cayó sobre él con tan desesperado arrojo, que á pesar de la obstinada defensa que hicieron los Turcos y de la inmensa superioridad de sus fuerzas, los destruyó y batió tan completamente que mas de doscientas galeras les fueron apresadas ó echadas á pique; perdieron sobre 25,000 hombres, y se rescataron mas de 45,000 cristianos cautivos que iban sujetos al remo. En esta memorable acción perdió la mano izquierda el no menos memorable autor del Quijote, el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, que peleaba como simple soldado en la misma nave capitana y al lado de don Juan. Tan menospreciado y desconocido este ingenio por sus contemporáneos, como admirado ha sido después, pues apenas habrá otro hombre á quien la posteridad haya rendido un culto menos exento de envidia y mas universal. Había nacido en la ciudad de Alcalá de Henares el año de 1547. Habiendo sido hecho prisionero en el de 64 por un corsario argelino, permaneció cinco años en su cautividad, y después de haber escrito su Quijote, el Persiles, las Novelas y otras obras harto bien conocidas, falleció en la mayor miseria en una pobre casa de Madrid el 23 de abril de 1616. Aunque poco aprovechada la batalla de Lepanto por las desavenencias de los confederados, que obligaron á don Juan á volver á Mesina, no por eso cedió este del empeño que había formado de abatir el poder de la media luna. Su mismo hermano le celaba y escaseaba los auxilios; pero superior á todo el celoso don Juan resolvió buscar los recursos que necesitaba en el país enemigo, y dirigiéndose al frente de una poderosa escuadra contra Túnez en 1573, se apoderó de la Goleta y de la ciudad después, extendiendo su dominio hasta Biserta, que se le entregó voluntariamente. Comprendió don Juan toda la importancia de estas conquistas, y para conservarlas mandó construir un castillo entre la Goleta y Túnez, dejando la guarnición de ellas al mando del intrépido capitán don Pedro de Portocarrero; pero los beyes de Argel y Trípoli no dieron lugar á que se completara la defensa, y atacando el siguiente año ambos puntos, consiguieron al fin apoderarse de Túnez, cuando la guarnición se halló reducida solo á 30 Españoles, que con Portocarrero á la cabeza

disputaron á palmas el terreno entre los escorbros de la derruida fortificación. Había sido enviado don Juan por entonces á gobernar los Países Bajos, según ya hemos apuntado, y se dejó sin venganza este revés que él no hubiera tolerado. En cambio y después de haber apurado sus medidas de clemencia y contemporalización, tomó don Juan una actitud imponente, y auxiliado por el archiduque Alejandro Farnesio, que acudió con un refuerzo de tropa, atacó á los rebeldes, que habían proclamado su independencia, en la llanura de Gemblours, donde los derrotó completamente, reduciendo después en poco tiempo á Lovaina, Sichen, Nivelles y otras muchas ciudades del Brabante, y del Hainault. Pasaban estas cosas á principios de 1578: todo presagiaba un éxito feliz de la campaña bajo tan favorables auspicios empezada, y dirigida por generales tan entendidos como Farnesio y don Juan; pero habiéndose rebuelto los insurgentes al amparo de los auxilios y tropas que les legaron de Inglaterra, y ganado una pequeña acción, don Juan, que se había retirado bajo el cañon de Namur, aguardando los refuerzos que con toda urgencia había enviado á pedir á su hermano por medio de su secretario Escovedo, fué atacado de una violenta enfermedad que le condujo en pocas horas al sepulcro. Digno hijo este esforzado jóven del gran Carlos I, se hallaba adornado de cuantas brillantes dotes resaltaban en su padre todavía en grado mayor. Sus altos hechos y la elevación de su carácter habían hecho germinar desde un principio la pasión de la envidia, que hábiles cortesanos supieron explotar en contra de su hermano. Y como en lugar de mandarle los auxilios que desde Flandes reclamaba, se había hecho asesinar á su secretario Juan de Escovedo que vino á exigirlos, crimen que la voz pública achacó al rey, si bien este persiguió á su favorito Antonio Perez como autor de este atentado, corrió el rumor algo acreditado, de que el príncipe don Juan había sido envenenado de su orden por temores que le inspiraban su fortuna y su poder. Como quiera que fuese, don Juan murió casi repentinamente; y á la edad de 30 años que á la sazón tenía, pues había nacido en Raísbona en 1547, había rivalizado, sino eclipsado ya, la gloria de los capitanes mas célebres. Alejandro Farnesio quedó entonces al frente de Flandes, y ya hemos mencionado rápidamente el resultado feliz de sus actos, atajados por falta de recursos; pero estos se hallaban empleados por don Felipe en la guerra aun no acabada contra los Turcos, y en la que se había suscitado por la muerte de don Sebastian, rey de Portugal, seguida de la del cardenal Enrique que le había sucedido en el trono. Disputábase esta monarquía el rey de España, la duquesa de Braganza, el duque de Saboya, el prior de Ocrato, Catalina de Médicis y el papa Gregorio XIII; pero habiendo quedado solos en la liza Felipe II y el prior, á quien los Portugueses habían aclamado rey, á pesar de ser hijo ilegítimo del infante don Luis de Portugal, tuvieron que acudir á las armas. La justicia y el derecho estaban sin disputa por parte de don Felipe, cuya madre era hermana mayor del último rey don Sebastian, porque la línea masculina había acabado en el cardenal Enrique; pero celosas Francia é Inglaterra del engrandecimiento de la Espa-

ña, dispensaron toda su protección al prior, y la guerra hubo de decidir la cuestión. Don Felipe necesitaba un general que condujese sus tropas á la victoria; su hermano había muerto, Farnesio estaba en Flandes, y aun cuando tenía otros muchos capitanes de quienes echar mano, fijose su elección en el duque de Alva, quien estaba por su orden confinado en Uceda. Entre la noble confianza del monarca que no dudó elegir á un súbdito agraviado, y la grandeza de este que olvidando sus agravios acudió á servir á su rey tan pronto como fué llamado, es dudoso qué debe admirarse mas. El éxito vino á confirmar lo acertado de la conducta de ambos, y dos batallas campales, dada la una frente á Alcántara, y á orillas del Duero la otra, y una naval ganada por el marqués de Santa Cruz junto á las islas Azores, únicas que se resistían á prestar la obediencia, batallas en que siempre fué vencido y derrotado el prior de Ocrato, bastaron á decidir la suerte de Portugal y sus estados de Ultramar, que hubieron de sucumbir al poder español. Pasó don Felipe á tomar posesion de este reino en 1581; y proclamado rey en todas partes, concedió un perdón general y confirmó los privilegios de los Portugueses. Pero viendo cuán imposible le era captarse el cariño de los habitantes, que no podían perdonarle ni olvidar su humillación, y habiendo experimentado el pesar de la muerte del duque de Alva, ocurrida en Lisboa á principios del siguiente año, nombró virey de Portugal á su sobrino el archiduque cardenal Alberto y regresó á España. Con la muerte del duque perdió el rey el mas ilustre de sus generales y la España uno de los hijos que le dieran mas honor. En la edad de 74 años, que á la sazón tenía don Fernando Alvarez de Toledo, no había cesado de prestar eminentes servicios á su patria. General ya de las armas le adquirieron el nombre de Grande que le ha confirmado la posteridad. Hábil político y consumado general, su fama irradiara entre la de los mas célebres hombres emprendidos, si la estremada crueldad que empleó para sujetar á los Flamencos, mal aconsejado por su favorito y confidente Juan de Vargas, no empañara en cierto modo la aureola de gloria que le rodeaba, y que brilló mas que nunca en sus últimos años conquistando á viva fuerza el Portugal. La pérdida de este grande hombre parece fué la señal de nuevos desastres para don Felipe. Sus tropas, hasta entonces victoriosas donde quiera, empezaron á experimentar en el mar tan considerables reveses, que hubiesen abatido á otro hombre menos animoso que el monarca de España. La abierta protección que Isabel, reina de Inglaterra, había dado á los rebeldes de Flandes, enviando en su auxilio un numeroso ejército al mando de su favorito Leicester, y las piraterías á que los corsarios ingleses se entregaban en las colonias españolas bajo la direccion del feroz Drake, exigían una pronta venganza. Para obtenerla se equipó en Lisboa á principios del año 88 una formidable armada, compuesta de 130 buques de alto bordo, y 20,000 hombres de desembarco, con la que nada menos pretendía Felipe que la conquista de Inglaterra. La magnitud de los buques y el ejército que en ellos iba, hizo dar á esta armada el nombre de Invenible. La empresa parecia segura, aten-

dido el descontento que había en Escocia por el suplicio de la reina María Estuardo, y en los católicos ingleses por la tiranía de los protestantes; pero como si la suerte se hubiese encargado de burlar tan atrevidos planes, la escuadra, que por muerte del marqués de Santa Cruz iba al mando del duque de Medinasiona, experimentó uno tras otro hasta tres reveses temporales que destruyeron la mayor parte de los buques, facilitaron la presa de algunos por los enemigos después de un obstinado combate, y vino á sufrir cuarta tempestad en las costas de Escocia, desde donde los pocos navios que escaparon hubieron de retirarse desbarbolados y dispersos á los puertos de España. Admirable fué entonces la resignacion con que don Felipe, al saber tan lamentable nueva, contestó: «Yo no envié mis buques á combatir con las tempestades, sino con los Ingleses.» Enorgullecida Isabel con esta ventaja, debida á una desgraciada casualidad, y creyendo ya seguro su triunfo, mandó á Drake con setenta buques para apoderarse de los puertos de Galicia y Portugal. Empezó este sanginario pirata por desembarcar en la Coruña, y habiendo tomado el arrabal de la pescadería, asaltó la plaza; pero defendida esta con heroico esfuerzo por todos los habitantes sin distincion de edad ni sexo, fueron rechazados los Ingleses con una pérdida enorme, dirigiéndose á Lisboa, donde tuvieron otro descalabro de consideracion sin conseguir su intento. Fué en este asalto contra la Coruña donde una mujer del pueblo llamada Mayor Fernandez de Pita, que peleaba al lado de su marido, llena de furor al verle caer muerto de una lanzada, cogió el arma homicida y arremetiendo con ella á un alférez inglés, que había ya subido á la muralla enarbolando la bandera, le derribó sin vida y le arrancó la enseña, que pisoteó insultando á los que retrocedían ante su indomable valor. En tanto seguía la guerra mas activa que nunca en los estados de Flandes, donde los tercios españoles al mando de Farnesio conseguían señalados triunfos é iban dominando la rebelion; pero como al mismo tiempo, y por haber sido asesinado el rey de Francia Enrique III, y profesar su heredero Enrique de Navarra la religion protestante, había aclamado la liga por su protector á Felipe II (1590), dió este orden al duque Alejandro para que acudiese á Francia con sus tropas, quedando paralizadas las operaciones en los Países Bajos. Obedeció el de Parma, y habiendo obligado á Enrique á levantar el sitio de Paris y tomando á Corville, acudió al socorro de Ruan, bloqueada por el de Navarra con 30,000 hombres, entró en ella triunfante, y se retiró á Flandes, donde falleció en medio de los preparativos que hacia para volver á auxiliar la liga, privando á don Felipe del último de los tres grandes generales que había tenido; don Juan de Austria, el duque de Alva y el de Parma, Alejandro Farnesio, cuyos nombres serán siempre un monumento de gloria para el país que los contó entre sus defensores. Por este tiempo el secretario Antonio Perez, que se hallaba preso desde el asesinato de Escovedo por achacársele este delito, quebrando los hierros que le sujetaban con el auxilio de su mujer doña Juana Coello, se acogió á Zaragoza, de donde era natural, reclamando en su favor los fueros y privilegios de Aragon. Esta acción, que

aumentó aun mas el resentimiento del monarca demasiado escitado ya, según unos, por celos que de él tenía en sus amores con la princesa viuda de Ebohi, y según otros, por la infidelidad de Perez que había descubierto el secreto de las cifras con que seguía la correspondencia don Felipe, fué causa de un levantamiento general en aquel reino. Hizo el rey que se acusase á Antonio Perez de herejía, en cuyo concepto fué reclamado por la Inquisicion, que se apoderó del reo; pero el pueblo de Zaragoza, á quien se hizo ver se quebrantaban los fueros del reino en el modo de proceder contra uno de sus hijos, se sublevó en masa guiado por el justicia mayor don Juan de Lanuza, forzó la cárcel inquisitorial y salvando á Perez le facilitó medios para que huyese á Francia, donde pobre y desvalido acabó mas adelante sus dias, si bien pudo sostenerse hasta el último momento utilizando sus talentos. Mas una vez lanzado el pueblo en la senda que había emprendido en defensa de sus fueros, que se dijo iban á arrebatarle, no fué dado contener su ímpetu. El rey vivamente ofendido del desmán á que los zaragozanos se arrojaron arrebatando á Perez de sus manos, envió contra ellos un cuerpo de 12,000 hombres al mando de don Alonso de Vargas, que no tuvo dificultad en vencer á la poca aguerrida hueste con que quiso oponérsele Lanuza, desbaratándola completamente y entrando en la capital á cumplir la justicia del rey. Primera victima de estas conmociones el justicia mayor Lanuza, que se había retirado á Epila, cayó en poder de las tropas reales; y por orden espresa del rey fué públicamente degollado sin preceder fallo judicial ni formacion de causa, confiscados sus bienes y arrasada la casa en que habitó. Así espiró desastrosamente el noble don Juan de Lanuza en la flor de su edad, pues solo tenía 26 años, ahogándose en su sangre las libertades y fueros de que hasta entonces había estado en pleno goce su país, y estinguíendose la elevada magistratura que ocupaba, ante la que tan solemne juramento prestaran los reyes al ocupar el trono y ser jurados por las Cortes de Aragon. La autoridad real quedó asentada bajo el mismo pié que se hallaba en Castilla, y las leves llamaradas que dió aun el partido defensor de los fueros se apagaron con el suplicio de los que le acudían con desesperado valor. Vendidas de este modo las conmociones interiores, que ocurrieron durante todo el año de 1592, pudo Felipe fijar mas detenidamente su atención en el exterior. Seguía en Francia la guerra entre el de Navarra y la liga, y aprovechándose de ella, intentó Felipe conseguir la abolicion de la ley Sética para colocar la corona en las siens de su hija doña Isabel; pero habiendo ahjurado Enrique públicamente el calvinismo, cesó todo pretexto para oponerse á su legítimo derecho, y fué reconocido y aclamado rey de Francia, con lo que se anudaron las esperanzas que el Español había llegado á concebir. Resultado natural de este orden de cosas fué el que Enrique declarase formalmente la guerra á España, eligiendo por campo de batalla los turbulentos estados de Flandes, donde las ventajas obtenidas por una y otra parte durante dos años se equilibraron aun mas en el de 96 con la toma de Ferce por los Franceses, y la de Calés y Ardres por los Castellanos. Mas coligadas á la sazón Francia, Holanda

é Inglaterra, se dirigió en junio de este año una expedición contra Cádiz, compuesta de 150 buques ingleses y 24 holandeses al mando del conde de Essex, y desembarcando sus tropas, se apoderó de la ciudad y la saqueó completamente llevándose un inmenso botín. Durante la acción, y cuando ya la victoria se declaraba por los Ingleses, hizo el duque de Medinaceli pegar fuego á los buques mercantes que había en el puerto para que no se aprovechara el enemigo de ellos y sus riquezas, de modo que la pérdida espermentada en este fatal lance ascendió para la España á más de 220 000 000. Pero Felipe no desmayó á pesar de todo, y descosido de yengarse hizo armar en el Ferrol una escuadra de 80 navés, que dirigió á las costas de Irlanda á mediados de noviembre, con tan desgraciada suerte, que asaltada de una furiosa borrasca, mas de la mitad de los buques se anegaron con toda la tripulación, salvándose el resto llenos de averías y á fuerza de constancia y serenidad. Tan repetidos reveses no pudieron menos de hacer honda mella en don Felipe, agravado ya por sus continuas dolencias y los sinsabores domésticos que le acosaban, pues uno tras otro había visto morir todos sus hijos, quedándole de sus cuatro matrimonios solo el príncipe de su nombre que le heredó, y la infanta doña Isabel. La toma de Amiens por el célebre Hernando Tello Portocarrero, gobernador de Doullens, espació algo su ánimo; pero como volvieron á reconquistarla los Franceses con pérdida del valiente capitán que la había ganado y defendido hasta su último suspiro, conoció cuán necesario y político sería el asentar la paz antes que le arrebataste la muerte, para no legar á su hijo, jóven de 20 años, una guerra sangrienta y de que ningún fruto se podía sacar. Entabláronse al efecto negociaciones, durante las que cedió don Felipe el condado de Borgoña y los estados de Flandes, que aún le pertenecían, á su hija doña Isabel casada con el archiduque Alberto, y con posterioridad se firmó en Veruins el tratado de paz ajustado con la Francia, en virtud del cual se devolvieron mutuamente las plazas conquistadas. Tranquilo ya por esta parte el rey, fueron acreciéndose sus padecimientos físicos, y contra el dictamen de los facultativos se hizo trasladar al Escorial, diciendo que quería ser conducido vivo á su sepulcro. Allí se alojó en una celda, desde donde veía la iglesia y el altar mayor, y cuyos muebles eran de los mas pobres; atacado de violentos dolores, lleno de llagas su cuerpo y en medio de su acerbo padecer no se le oía exhalar un quejido: dedióse á una vida de penitencia y austeridad sin igual en aquella reclusión; perdonó á infinidad de delinquentes, dió libertad á sus enemigos, devolvió los bienes confiscados á ciertas familias, entre ellas la de Antonio Pérez, y cuando vio llegar la muerte, que aguardaba con rostro sereno, llamó á su hijo, á quien dió los mas sanos consejos, espirando después tranquilamente, como si fuese insensible á los dolores físicos que solo cuando le faltó el habla dió á conocer. Tenia á la sazón don Felipe 71 años, y murió el día 13 de setiembre de 1598. Juzgado tan apasionadamente entonces por sus adeptos, como calumniado por sus enemigos, la historia imparcial no puede menos de conocer en él una aplicación suma en el des-

pacho de los negocios, vastos talentos, esforzado ánimo aun en medio de los infortunios que espermentó, osadía grande, prudencia y justicia suma, mucha piedad, celo religioso y liberalidad en proteger las artes y ciencias. Las fundaciones del Escorial, del archivo de Simancas, la universidad y colegios de Douay en Flandes, las escuelas de Lovaina, é infinidad de otras obras de pública utilidad prueban su generosidad y desprendimiento. La conquista de las islas Filipinas, que de él tomaron su nombre, aun cuando fueron descubiertas al fin del reinado de su padre por Magallanes, las de otras regiones de América y la del Portugal acreditaron su política y dieron lustre á su reinado. Pero al par de estos hechos que le honran, hay otros que imprimen alto desdoro sobre su nombre, siquiera algunos de ellos no hayan pasado de la esfera de dudosos en que la historia los coloca, á pesar de que le fuesen increpados por la pública voz. La muerte de don Juan de Austria, la de Juan de Escovedo y la de su hijo don Carlos entran en este número. La persecucion de Antonio Pérez, las sangrientas ejecuciones y atentados de Aragon, las de Flandes y Portugal están evidentemente acreditadas y no hallan disculpa aun en el aspecto justificable que por sus apologistas se les ha querido dar. De todos estos hechos hemos ya hablado, y solo resta decir algo acerca de la triste suerte que cupo al infeliz don Carlos, jurado ya príncipe de Asturias cuando incurrió en la desgracia de su adusto y severo padre. Se ha querido dar á esta enemistad un aspecto novelesco, que probase mejor el cruel parricidio que por algunos se achacó á don Felipe, suponiendo que don Carlos amaba perdidamente ó iba á unirse á doña Isabel de Valois, con la que su padre se casó después; por otros se dice que don Carlos había tomado parte activa en la insurreccion de Flandes, cuya orona pretendia ceñirse, y que el rey sorprendió la correspondencia y supo que había pedido postas para escaparse: pero lo único que hay de cierto es que el príncipe fué reducido á prision la noche del 18 de enero de 1568 por su mismo padre, que se presentó en su cuarto con el duque de Feria y otros personajes, le ocupó sus papeles y le dejó confiado al cuidado de los grandes, entre los que se eligieron seis que alternasen en su guarda. Arrebatado de carácter don Carlos, como en varias ocasiones lo había demostrado, nada extraño es que perdiese á ratos la razon, como aseguran algunos historiadores. Su delicia era entregarse en su encierro á los excesos de la intemperancia, tomando nieve á todas horas y rechazando cuantos alimentos saludables se le presentaban, hasta el punto de caer gravemente enfermo devorado por una calentura maligna. Conoció entonces el príncipe que se aproximaba su fin, y llamando á su padre, á quien pidió perdón de todos sus desmanes y su bendición, que le dió conmovido, recibió los sacramentos y murió en la noche del 21 de julio, seis meses después de la de su reclusión. La naturaleza repugna dar asenso al parricidio que por los detractores del padre se dice fué perpetrado en la persona del hijo, y como por otra parte todos los escritores se hallan conformes en los excesos cometidos por el príncipe durante su encierro y en la irascibilidad de su carácter, parece justo el suponer que murió por efecto de

aquellos y á impulsos de esta, sin echar mano de un delito que nada había motivado y á que no se puede dar cabida en la imaginación. En el reinado de Felipe, á que tanto lustre dieron don Juan de Austria, Alva, Santa Cruz, Farnesio, Cervantes y Herrera, se distinguieron tambien otros varios, cuyas obras no pueden leerse sin admiración. Fray Luis de Granada, el primero, uno de los mas famosos predicadores y escritores ascéticos de España, religioso dominico, natural de Granada, donde nació en 1505, se adquirió tanto renombre que fué llamado por la reina Catalina á Portugal, donde se distinguió en extremo. Rehusó con la mayor tenacidad el arzobispado de Braga y el capelo de cardenal, y todo entregado á sus escritos y á los deberes de su ministerio, falleció en 1588 dejando infinidad de obras, en las que se nota su gran talento y sus ideas avanzadas al siglo en que vivió. No mereció menos celebridad el P. Fray Luis de Leon, agustino, nacido tambien en Granada en 1527. Duramente perseguido por su traducción en romance del Cantar de los Cantares, por la que estuvo en las cárceles de la Inquisicion cinco años mortales, era tal su virtud, que nunca se le oyó exhalar la menor queja. Catedrático de sagrada Escritura cuando le prendieron, el día en que recuperó la libertad y volvió á sus esplicaciones, para demostrar su olvido entero de lo pasado, empezó con estas palabras: *Decíamos ayer, etc.* Rodeado de la admiracion de cuantos le oían y conocian sus obras, murió en 1581, dejando una muy grata memoria en pos de sí. Por último el P. Juan de Mariana, jesuita ilustrado y lleno de saber, natural de Talavera, donde nació en 1537, maestro de teología en Roma y después en París. En 1577 se retiró á Toledo, donde se dedicó á escribir su célebre Historia de España, que acabó en 1595, y el tratado *De Rege et regis institutione*, que publicó en 1599. Este libro se hizo mas que todo notable por haber sido quemado públicamente en París por el verdugo, previa sentencia del parlamento, por suponerse que su lectura había determinado á Ravalliac á cometer el asesinato de Enrique IV. Murió el P. Mariana en 1610 á los 87 años de edad, en su convento de Toledo.

FELIPE III, hijo del anterior y de Ana de Austria, nació en Madrid el día 11 de abril de 1578. — En 1598 y contando tan solo 20 años de edad, subió Felipe III á un trono que mas que nunca se necesitaba entonces fuese ocupado por un monarca esperto, político y valiente, al par que prudente y reparador para la España, cuyo poder é influencia habían ido decreciendo de un modo rápido, y cuyo erario se hallaba agotado por las desastrosas empresas y continuadas guerras que en los dos reinados anteriores habían costado tanto sangre y oro á la nacion. Pero lejos de hallarse Felipe dotado de estas cualidades, era de carácter apacible y meticuloso, débil y de bastante limitada capacidad. Entregado á las influencias de uno y otro favorito, ni aun la suerte tuvo de fijar dignamente su eleccion; así es que la suerte de España fiada á manos de ambiciosos validos, que solo trataban de enriquecerse, se empeoró cada vez mas. Para llenar los descubiertos en que se hallaba la real hacienda se impusieron dobles gabelas á los pueblos, harto recargados ya con las contri-

buciones establecidas; se acudió al ruinoso medio de alterar la ley de la moneda duplicando el valor de la de vellón, con lo que se encarecieron de un modo extraordinario los artículos de primera necesidad, empeorando la ya demasiado triste situacion de la clase proletaria y causando una enorme estraccion de plata del extranjero. Consecuencia inmediata de esto fué el abandono de los campos, la decadencia de las manufacturas y la paralización del comercio, por manera que para todo había que acudir al extranjero, sima donde se sepultaban las inmensas riquezas del Nuevo Mundo, aniquilando así la industria nacional, que no podía bajo concepto alguno competir con la extranjera en el mercado. La escasion absoluta del trabajo hubo de producir la ociosidad con su obligada escuela del vicio, y la poblacion, harto escasa ya por esta reunion de circunstancias desgraciadas, llevó el último golpe con la impolítica é intempestiva medida de la espulsion de los moriscos que se llevó á cabo con un rigor sin igual. En cualquiera otra circunstancia, y electuada con la debida mesura y prudencia, habría merecido esta medida el aplauso universal; porque no puede negarse que la existencia de aquellos enemigos interiores en la España suscitaba á cada paso conflictos, y hacia necesaria á veces la intervencion de la fuerza. Pero si justa y política hubiese sido la espulsion de los jefes de las insurrecciones, y hasta la diseminacion de los demás en la península, el lanzamiento decretado contra toda esta raza en 11 de setiembre de 1609, que privó á la España de mas de 800 000 personas, la parte mas industriosa y trabajadora de la poblacion, fué un golpe fatal para el porvenir del país, y un acto despótico de gobierno que solo pudo hallar defensores entre los fanáticos ó los extranjeros, porque veían pasar así á sus manos el esclusivo monopolio de la industria y el comercio con nuestra nacion. Tan violenta medida, arrancada al celo religioso del monarca (cuyas prendas todas se reducian á una estremada piedad y devocion), como única salvadora de la fe católica en su reino, no pudo llevarse á efecto sin gran resistencia de los infelices á quienes así se privaba de su patria, sus bienes y su porvenir; pero vencidos al fin los que á mano armada la resistian, siguieron la suerte, con la doble desgracia de perecer después la mayor parte al pasar el Estrecho á manos de los Arabes, que los persiguieron como cristianos, al paso que por no serlo eran expulsados del país que les había visto nacer. Cuadro tan desconsolador de la situacion de España no deja por lo recargado de ser cierto, y no podía en verdad ser otro el resultado hallándose los destinos de la nacion en manos de favoritos tan ineptos como ambiciosos. El primero de estos fué el marqués de Denia don Francisco de Rojas Sandoval, á quien se creó duque de Lerma, y cuya incapacidad era tan notoria, que hubo á su vez de entregarse en manos de su secretario y confidente don Rodrigo Calderon, el cual de paje del duque llegó á ser mas adelante sucesor de su amo y valido del rey. No pensando el de Lerma mas que en los medios de perpetuarse en su puesto, había destinado al lado del rey á su hijo el duque de Uceda, y al conde de Lemos su sobrino, al del príncipe heredero; pero sus cálculos salieron fallidos, y las intrigas que

le derribaron se promovieron por quien menos podía pensarse. El mismo Uceda, que envidiaba el alto puesto de su padre, empleó la facilidad que tenia para hablar al rey en servir de conducto á cuantas quejas elevaban los pueblos contra la administracion de Lerma, y engañado Felipe por este escesivo celo en su servicio que sacrificaba hasta los sentimientos naturales, no dudó en nombrar al hijo sucesor del padre á quien después desterró. Fortuna fué que el desvalido favorito hubiese conseguido antes de su caída el capelo de cardenal á que constantemente había aspirado, pues de lo contrario tal vez no habrían parado en esto los tiros de la enemistad asetados contra él. Pero lo que ante su sagrada investidura cayó á tierra, rebotó contra el pecho de su criatura don Rodrigo Calderon, ya á la sazón marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, y uno de los hombres mas poderosos de la nacion. Su impensada elevacion é insultante envidia de todos los cortesanos, al paso que su desmedido orgullo, que degeneró en proverbio, le había captado enemigos sin fin. Así fué que apenas cayó por tierra el majestuoso árbol á cuya sombra se elevaba, cuando el encono y la malevolencia, concitados contra el protector y su hechura, vinieron á descargar su furia toda sobre el que había quedado en pié. Las imputaciones mas atroces, las mas violentas acusaciones se agolparon, achacándole crímenes inauditos, concusiones, traiciones y hasta usurpaciones del poder real. Doscientos cuarenta y cuatro cargos se le hicieron, y de todos logró justificarse completamente en la causa que se le formó; pero como el encono de sus enemigos no podía aplacarse sino con su completa ruina, acusaron de cohecho á los jueces que habían fallado: consiguieron se abriese de nuevo el proceso y que se redujera al acusado á estrecha prision; sujetósele al tormento, y después de inauditos padecimientos, que desde el día de su caída había sufrido por espacio de 42 años, fué por fin conducido al suplicio el primer año del reinado de Felipe IV, víctima del encono que el conde-duque, favorito de este monarca, le profesaba y que satisfizo de este modo. Con el relato de la desgraciada suerte que cupo á sus favoritos puede colegirse cuál sería la que espermentó durante estas luchas palaciegas el desventurado país. Víctima tambien de la escesiva debilidad y apocado ánimo, que hemos dicho formaban la base del carácter de Felipe III, apenas lucia de vez en cuando un día feliz en que la victoria se posara sobre las armas españolas, terror antes de los que osaban arrostrarlas. Verdad es que á ello se oponia la solitud del rey, constantemente dirigida á procurar la paz con las naciones rivales, la penuria del erario, y la falta de tan señalados capitanes, como los que habían brillado en los dos precedentes reinados; mas á pesar de todo, hubo un marqués de los Balbases y Espinola, que supo sostener el lustre y prez de los tercios españoles, y que después de tres años y tres meses de asedio, durante el que incesantemente se sucedieron los actos de valor y de heroísmo, consiguió apoderarse en 1604 de la inespugnable plaza de Ostende, hecho que bastaria por sí solo á eternizar el nombre de quien le llevó á cabo y el reinado en el que ocurrió. A pesar de tan se-

ñalada victoria, ni los asuntos de España mejoraban, ni variaba el carácter indolente de su monarca. Completamente desgraciadas las expediciones dirigidas en 1602 por el duque de Lerma contra Argel é Irlanda (la primera al mando del célebre Doria, compuesta de 10 000 hombres en 70 galeras, que fueron casi todas destruidas por una violenta tempestad en la costa de Africa, y la segunda de 6 000 veteranos á cuya cabeza iba don Juan de Aguilar que después de haber tomado á Rísdá fueron abandonados por los aliados irlandeses teniendo que capitular), se volvieron á reproducir las negociaciones de paz con la Inglaterra. La muerte de la reina Isabel facilitó el buen éxito de estos tratos, y en 1604 se firmó la paz, que dió lugar á estrechar con nuevos refuerzos el sitio de Ostende, á cuya toma añadió Espinola en el siguiente año las de Ordenzeel, Lingen, Wachtendonck y la ciudadela de Cracoo. En 1605 prosiguió el marqués sus victorias apoderándose de Lockem, Groll y Rhinberg; pero habiéndosele insurreccionado las tropas por falta de pagas, y cansada ya la España de tan sangrienta como infructuosa guerra, se abrieron al año siguiente negociaciones para procurar un acomodamiento, no tan pronto acordado que no diese lugar al furioso combate que las flotas española y holandesa tuvieron en el estrecho de Gibraltar, tan tenaz y valerosamente sostenido, que los generales de ambas escuadras murieron, y la victoria quedó indecisa después de haber espermentado una pérdida casi igual. Las negociaciones sin embargo continuaron; y por fin, en 1609 se acordó una tregua de 10 años, reconociéndose la independencia de la Holanda, con lo que siete de las diez y siete provincias flamencas quedaron desmembradas del imperio español. El doble matrimonio del príncipe de Asturias con la infanta doña Ana, y el de la infanta doña Isabel de Austria con Luis XIII, rey de Francia, por cuya menor edad gobernaba el reino María de Médicis, viuda de Enrique IV, asesinado en 1610 por Rayallac, fué aceptado por la corte de España y sirvió para consolidar la paz con Francia. En este mismo año adquirió don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez: el duque de Osuna don Pedro Giron, virey de Sicilia, desembarcó en 1612 en las costas de Berberia y se apoderó de Chircheli degollando la guarnicion; al paso que el marqués de Santa Cruz quemó una escuadra enemiga de 11 buques que había en la Goleta, y saqueó la isla de Lango y la de los Querqueques. El célebre capitán Francisco Rivera acudió por mandado de Osuna con 5 galeones y 1 000 arcabuceros á batir una escuadra berberisca, y de los 55 buques de que constaba echó á pique cuatro, inutilizó 35, y puso en fuga los demás. Don Octavio de Aragon reportó en las aguas de Levante otra señalada victoria, apoderándose de 6 navés y 600 mahometanos, con muerte de otros 400, sin que una numerosa escuadra que lo presenciaba se atreviese á medir sus fuerzas con el capitán español. El marqués de Hinojosa y el de Villafranca consiguieron tambien los años siguientes varias victorias en la Italia, donde el duque de Saboya había hecho armas contra la España; pero en 1617 hubo de acogerse á la benignidad de Felipe, licenciando sus tropas y haciendo una completa sumision.

Habiendo fallecido el emperador de Alemania en 1619, podía muy bien don Felipe haber hecho valer sus derechos á la corona; pero contentándose con proteger las pretensiones de Fernando de Graz, le ayudó con sus tropas á subir al trono, á tiempo que el duque de Peria se apoderaba de la Valtelina en 1620. Por último las armas españolas triunfaron de las holandesas cerca de las islas Filipinas, destruyendo completamente una escuadra que se dirigía contra las islas Molucas, donde se había clavado otra vez el pendón de Castilla, y don Luis Fajardo se apoderó de Mármora cerca de Tánger, con lo que don Felipe creyó llegar á gozar de una completa tranquilidad; pero acometido de una fiebre lenta, que nada bastaba á cortar, y habiendo hecho sin fruto un viaje á Lisboa para curarse, falleció el 31 de marzo de 1621, á los 43 años de edad y 23 de reinado. En sus últimos momentos manifestó cuán arrepentido estaba de haber sido tan indolente y descuidado, y murió lamentando no poder enmendar los yerros de su negligente administración.

FELIPE IV. del matrimonio de Felipe III con Margarita de Austria, nació en 1605, y á los diez y seis años de edad se halló heredero del trono de San Fernando. Si desastroso había sido para España el reinado de su padre, todavía lo fué más el suyo, merced al favoritismo que gozó don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, quien tuvo largo tiempo ignorante al monarca de los reveses que se experimentaban, adormeciéndole en los placeres para conservar su poder. La necia adulación de este valido hizo que el rey se adornase del sobrenombre de Grande aun antes de que hecho alguno viniese á justificar tal dictado; y aun cuando no le faltasen cualidades para haber llegado á merecerle, es lo cierto que, alejado completamente de los negocios, la afición á las letras y al cultivo de la poesía fueron casi su ocupación esclusiva. Su reinado, durante el cual las conmociones intestinas alternaron con las guerras extranjeras, fué en cierto modo resultado del pernicioso sistema de gobierno que le habían legado sus predecesores. Por lo demás, afable y dotado de un corazón generoso, habría podido Felipe ser un buen rey, si habiéndose ocupado de los asuntos del Estado, pero entreteniéndose en sus placeres y en sus tareas literarias, pues bajo el seudónimo de un ingenio de esta corte compuso é hizo representar varias comedias, puede decirse que no ejerció el poder real más que en el palacio del Buen Retiro, donde reunía á los mas distinguidos poetas y artistas de la época. En cuanto á lo demás, el ministro Olivares gobernaba el Estado á su voluntad, y aun cediendo al error de sus antecesores quería también dirigir la guerra desde su gabinete. Así fué como concibió el proyecto de reducir á la obediencia á las provincias holandesas y afirmar la influencia de la casa de Austria sobre toda la Europa; pero Richelieu, el célebre ministro de Luis XIII, se opuso á tan vastos proyectos, pretendiendo para la Francia lo que para España anhelaba Olivares conseguir. Surgió de aquí una guerra fatal entre ambas potencias, aun cuando durante ella consiguió el marqués de Espinola brillantes triunfos. El mas notable de ellos fué el arrojó con que al recibir la orden del conde-duque concebida en estas palabras:

«Tomad á Breda,» se dirigió á atacarla, y venciendo infinidad de obstáculos, se apoderó de ella en 1624, contestando al ministro: «En Breda ondea ya el pabellon español.» Pero á pesar de que esta victoria cortó una sublevación que intentaban las provincias belgas, no fué bastante á impedir que al año siguiente se firmase por la corte en Monzon un tratado por virtud del cual se dejó la Valtelina en poder de los Grisones. La muerte de la archiduquesa, gobernadora de los Países Bajos, dejando por heredero al rey de España, y la prisión del elector de Treveris, llevada á efecto por mandato de aquel, fueron causas que ensangrentaron la guerra con la Francia; y aun cuando las Cortes celebradas en Castilla, Aragon y Valencia votaron amplios subsidios de hombres y dinero, y la nobleza y el clero hicieron cuantiosos donativos equipando varios regimientos á su costa, como la mayor parte de aquellos fondos se malgastaron en saras y placeres que disponia el valido para distraer la atención del monarca, no pudo impedirse la pérdida del Artois y gran parte del Milanesado. Era ya tan apurada la situación de las cosas públicas, que no faltó quien hiciese saber á Felipe algo del verdadero estado de la nación; y aunque todavía no fué lo suficiente á separarle del valido, le hizo volver sobre sí, y con sus ordenes se dió impulso á la guerra. El cardenal Infante, gobernador de Flandes, penetró en la Picardía y se apoderó de muchas plazas importantes; el duque de Lorena asoló la Borgoña; el almirante de Castilla penetró en Francia por San Juan de Luz, ocupando y saqueando cuantos pueblos encontró al paso; y por último, el marqués de Leganes arrojó á los Franceses del Milanesado, devolviéndoles los estados de Parma y Plasencia, cubriéndose de gloria en el Piemonte, y llegó á hacerse dueño de cuantas plazas halló á su paso hasta Turin. Pero la guerra se dilataba con fortuna varia, y haciéndose cada vez mas gravosos los sacrificios de todo género que se exigian á los pueblos, llegó á tanto la dureza del conde-duque para con algunas provincias y era tal su tiranía, que la Cataluña toda se levantó en masa al querer imponer la obligación de abastecer las tropas, declarándose independiente de la Francia en 1640. Con el auxilio de esta potencia sostuvo una guerra desesperada y sin tregua rechazando los ataques del marqués de los Velez; pero asistiendo el mismo rey á sitiar á Lérida, se apoderó de la plaza, y bloqueada después Barcelona, hubo de rendirse en 1652 al ejército real mandado por el marqués de Montara y Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que arrojó después á los Franceses de Gerona. Posteriormente los volvió á batir en varios encuentros, hasta que pacificada la Cataluña, se restituyeron á Castilla por el tratado de los Pirineos, ajustado en 1659, las pocas plazas que aun retenia la Francia. La insurrección de Sicilia y Nápoles pudo tambien ser muy grave; pero habiendo acudido en tiempo el virrey duque de Arcos y don Juan de Austria, atajaron la rebelion apasionando á su jefe el duque de Guisa, y se restableció la tranquilidad. No fué tan afortunado este caudillo en Portugal. Una orden del conde-duque para que la nobleza acudiese en 1640 á la guerra de Cataluña sirvió de pretexto para sacudir el yugo, siempre odiado, de la dominacion

castellana. Proclamado rey el duque de Braganza, bajo el nombre de Juan IV, y auxiliado por la Francia y Holanda, fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para reducir á la obediencia estas provincias. Derrotadas las tropas españolas en Estremoz, y vencidas en Montes-Claros, junto á Villaviciosa, por el mariscal de Schomberg y el marqués de Marialva, se conoció la dificultad de la empresa; y aun cuando en la caída del conde-duque, que tuvo efecto en 1643 por el clamor unánime de los pueblos, hizo subir al poder á don Luis Haro de Guzman, que prestó al rey alguna energía, obligándole á tomar parte en la guerra, no pudo impedirse que el tratado de los Pirineos se asentase con Francia, y entabláronse negociaciones de potencia á potencia en Portugal. Mas durante ellas, el rey, que con la noticia de la derrota de Villaviciosa recibió un golpe muy atterrador, no pudo hacerse superior á su dolor; víctima de tantas desventuras, falleció en 17 de setiembre de 1653, á los sesenta y un años de edad, y cuarenta y cuatro de reinado.

FELIPE V. El testamento de Carlos II llamaba al trono de las Españas á Felipe, hijo del Delfín de Francia y de Maria Ana de Baviera, nieto del gran Luis XIV. Nació en este príncipe en Versalles en 1683, y tenia el título de duque de Anjou, cuando el 2 de octubre de 1700, en cumplimiento de la regia voluntad del último monarca austríaco, fué declarado rey de España, Portugal y Dinamarca, la Holanda y la Baviera; pero como el emperador de Austria no desistió de sus pretensiones, acudió á las armas para hacerlas valer, y no tardaron en unirse á él la Inglaterra y la Holanda, que tambien el engrandecimiento de la casa de Borbon, por medio de un tratado llamado de Lemne, tratado llamado de la grande alianza, concluido en La Haya en este mismo año. La campaña se inauguró por su parte batiendo á los Españoles y Franceses en Chiari y Carpi, y sorprendiendo á Cremona. Mandaba el ejército imperial el príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de la época, y activo al par que osado, pasó á sitiar á Mantua, que se hallaba muy apurada; pero Felipe, que nadie cedía en valor, después de haber sido lebrado en 1702 su casamiento con la hija del duque de Saboya, le dejó encomendado el gobierno con el cardenal Portocarrero, y acudió á Italia para oponerse al celebre adalid de la causa imperial. Su llegada fué la señal inmediate de una importante victoria, en que el ejército español francés, dirigido por el rey y el duque de Vandome, batió en Luzara á los imperiales, apoderándose de esta plaza y la de

Guástala, después de haber recuperado parte del Milanesado. Pero habiéndose presentado en las costas de Andalucía una escuadra enemiga y obtenido algunos triunfos, que se estendieron después á las de Galicia, cogiendo en el puerto de Vigo un inmenso botín en dinero y hajeles, fué necesario que don Felipe volviese á España. Ya á este tiempo se habian unido al imperio, vendiendo la causa española, los soberanos de Portugal y Saboya, y cediendo el emperador sus derechos en el archiducado de Austria, que habia sido reconocido en Viena rey de España con el nombre de Carlos III. Fuerte con este título y apoyo de todas las potencias europeas, excepto la Francia, no dudó el archiduque venir en persona á reclamar sus derechos. Dirigióse para ello á Lisboa en 1704 con una poderosa escuadra, la que después de desembarcarle con sus tropas, marchó sobre Barcelona, y rechazada, fué á atacar á Gibraltar, de cuya importantísima plaza se apoderó. Pero Felipe reunió su ejército al mando del duque de Berwick y atacó el Portugal, tomando muchas plazas, al paso que el marqués de Villadarias lo invadía con otro cuerpo de tropas llevando todo á sangre y fuego. En tanto el archiduque se dirigió con una escuadra inglesa á Valencia, donde desembarcó declarándose á su favor todo el país en 1700. Lérida y Tortosa se le entregaron; el terror le hizo dueño de Cataluña; Barcelona capituló, y la defección de las armas le enseñorearon tambien del Aragón. En vano fué que Felipe acudiese á socorrer á Barcelona á principios del año siguiente, pues hubo de retirarse; é invadida á este tiempo la Estremadura por un cuerpo de cuarenta mil Ingleses y Portugueses que arrolló cuanto se opuso á su paso, se vió el rey en la necesidad de retirarse á Burgos, entrando por consiguiente los aliados en Madrid, donde se proclamó solemnemente al archiduque, aunque sin la menor concurrencia de la población. A este desastre siguió el de la traidora entrega de la escuadra surta en Cartagena, que puso en poder de los aliados el conde de Santa Cruz; pero no amedrentándose con esto el animoso corazón de Felipe, llamó á las armas al pueblo, que ya tanto le quería, se organizaron fuerzas llenas de decision y entusiasmo, y antes de espirar el año, entraba triunfante en Madrid, donde se le recibió en medio de universales aclamaciones. Desde entonces la fortuna empezó á proteger las armas de don Felipe, que obtuvieron señalados triunfos en los años siguientes, y aun cuando en 1709 y 1710 lograron ventajas los imperiales llegando el archiduque hasta Madrid, donde entró en medio de un silencio sepulcral, por fin la victoria se decidió por las armas de Felipe en los campos de Brihuega y Villaviciosa. A estos triunfos se siguió la rendición del Aragón, á cuyos naturales se les quitaron en castigo sus fueros, y la de casi toda la Cataluña. El archiduque fué llamado á poco al solio imperial por muerte de su hermano; su ausencia, unida á los reveses experimentados, facilitó el curso de las negociaciones abiertas el 29 de enero de 1712 en Utrecht, y cuyo resultado fué el que se firmase la paz en abril de 1713, reconociendo á Felipe como rey de España, si bien bajo la renuncia expresada de sus derechos al trono de Francia, cuya corona por ningún título habia de

unirse á la de Castilla en lo sucesivo, y otros artículos que no es del caso mencionar. En el intervalo de estas conferencias obtuvieron los Españoles la victoria de Denain, y se reunieron las Cortes de Madrid, donde se sancionó la ley Sálica el 40 de mayo de 1713. Solo quedaba á la sazón por reducir á Cataluña; pero abandonada por los imperiales, y á pesar de su tenaz resistencia, fué poco á poco sucumbiendo á las tropas reales, siendo abolidos sus fueros y privilegios después de conquistada Barcelona. En 1515 se ocuparon tambien las islas Baleares, con lo que España entera quedó tranquila. Libre de los azares de la guerra, pudo don Felipe dedicarse á trabajar por el bien de sus pueblos; pero la muerte de su esposa le abismó en tan honda melancolía, que resignó la dirección de los negocios públicos en manos de su ministro el cardenal Giudice, y se entregó en los brazos de la célebre princesa de los Ursinos. Pero habiendo contraido nuevo enlace con la princesa Isabel, heredera de los estados de Parma y Plasencia, fué desterrada la de los Ursinos, cayó Giudice y ocupó su puesto Alberoni, que luego obtuvo tambien el capelo. Los deseos de distinguirse que tenia el nuevo ministro, le impelieron á conquistar la Cerdeña, de que se apoderaron los Españoles, originando con esto una triple alianza en su contra de la Francia, la Inglaterra y la Holanda, que paralizó las operaciones ya dirigidas sobre la Sicilia. Durante la guerra que surgió de estos acontecimientos, fué batida la escuadra española por la inglesa á la altura de Siracusa, perdiendo veinte y tres buques de alto bordo; pero las tropas de Felipe destruyeron en Sicilia á las imperiales delante del Melazzo, si bien fueron después rechazadas con el refuerzo de doce mil Alemanes que acudieron en su auxilio. Los Franceses tomaron el castillo de San Sebastian, y este revés unido á los de Sicilia, ocasionó la caída de Alberoni y la paz acordada en 1720, afirmada al año siguiente por el casamiento de la hija del duque de Orleans con el príncipe de Asturias. Todo hacia esperar un largo y próspero reinado á don Felipe, cuando con asombro general se le vió renunciar la corona en favor de su hijo primogénito don Luis en los primeros dias de 1724, retirándose con su esposa al real sitio de San Ildefonso, donde habia mandado construir un magnífico palacio y jardines suntuosos. El bello carácter de don Luis I presagiaba mucha ventura para el trabajado reino, á cuyo frente le colocara la abdicacion de su padre, al paso que su hermano don Carlos habia sido investido el año antes por el papa con la soberanía de los ducados de Parma y Plasencia por muerte del gran duque de Toscana. La paz empezaba á dar sus frutos y la recta administración del joven monarca le atraía las bendiciones de sus súbditos, cuando fué arrebatado en la flor de su vida por una erupcion de viruelas malignas á los diez meses de haber cenido á sus sienes la corona de Castilla. Tan impensada desgracia llamó otra vez al trono á don Felipe, que se entregó con mas cuidado que nunca á la dirección de los negocios públicos. En 30 de abril de 1725 ajustó la paz con el imperio por medio del baron de Ripperdá, que en premio fué nombrado duque y ministro de Guerra, Marina y Hacienda. Mas su favoritismo acabó en breve, siendo exonerado y con-

ducido preso al alcázar de Segovia, do donde al fin se evadió. El sitio de Gibraltar por los Españoles, y la poco honrosa rescision del matrimonio del rey de Francia con la infanta de España, cuyo verdadero objeto era atajar la preponderancia de la España y el Austria reunidas, dieron lugar á serias desavenencias, cuyos progresos pudo atajar el cardenal Fleuri con su avenidor carácter, asentando en 1727 las bases de una pacificación general. Al año siguiente se concertó el casamiento del príncipe don Fernando y doña Bárbara de Portugal, con cuyo motivo quiso don Felipe abdicar en el la corona; pero habiéndole hecho desistir de este proyecto, siguió al frente del gobierno, y en 1729 firmó un tratado con la Inglaterra, la Francia y la Holanda, por el que aseguró los estados de Toscana, Parma y Plasencia para su hijo don Carlos, de los que se posesionó al fin este príncipe en 1731 por fallecimiento del gran duque Antonio Farnesio sin dejar sucesion. Habiendo obtenido el papa la décima de las rentas eclesiásticas, llevó don Felipe la guerra al África, donde el conde de Montemar se apoderó en 1732 de Mazaquivir y Oran, subyugando al fin á los Moros. En tanto el Austria seguía hostil á los planes de don Felipe, por lo que el infante don Carlos, ya duque de Parma, marchó en 1734 con treinta mil Españoles al mando de Montemar, á conquistar el reino de Nápoles sobre el que pesaba el yugo imperial. El júbilo con que fué recibido se aumentó luego al saber la cesion que en su hijo hizo don Felipe de todos sus derechos á aquellas provincias, de las que le autorizaba á coronarse rey. Sus armas triunfaron en todas partes, y en 1738 el papa le otorgó la investidura de rey de las Dos Sicilias, al paso que hacia cardenal y arzobispo de Sevilla al infante don Luis, niño de ocho años, accediendo á los ruegos de don Felipe. En este intermedio falleció el ilustrado ministro don José Patiño, de cuya administración quedará siempre grata memoria en España, y se erigía en Madrid la real Academia de la Historia. Las disputas sobre los límites de la Florida y la Carolina en 1735 degeneraron en una guerra sangrienta entre Inglaterra y España, dirigiendo aquella sus fuerzas contra las posesiones americanas. Durante esta lucha ocurrió la batalla naval que en 1741 ganaron los Españoles, humillando el pabellon inglés y batiendo su escuadra de cuarenta y cinco buques con doce navios. Al propio tiempo otra nueva colision se declaró en Italia, donde el rey quería establecer á su hijo Felipe como príncipe soberano de la Lombardia y Saboya; pero á pesar de los varios triunfos conseguidos, los Españoles hubieron de ceder al fin de su empeño, no sin gloria de Montemar y el conde de Gages que sucesivamente los acudillaron, tanto por los desastres que al fin experimentaron, como por la repentina muerte del rey, acaecida en 11 de julio de 1746 por efecto de un accidente apoplético. Tenia á la sazón Felipe V sesenta y dos años, y en los cuarenta y cuatro de su reinado, siempre en lucha abierta, siempre acosado de guerras, consiguió disciplinar el ejército, crear una marina, de que se carecia, reformar los tribunales, mejorar la administración pública, asentando el omnímodo poder del trono, y dando de este modo vida á las artes y ciencias, que bajo su au-